

«LA HORA VEINTICINCO», novela de L. Virgil Gheorghiu.—Emecé, Buenos Aires

Como en un raro instrumento, en que las palabras tienen un tono de extremada angustia, este escritor rumano nos comunica el acento trágico de la transformación absurda y cruel de una vida que ha llegado a inauditos límites de incomprendición y de ferocidad en que el hombre no ve al hombre como a un hermano, sino como a un enemigo permanente. Como a un ser desposeído por completo de sentimientos y de piedad. La guerra y los fenómenos de crueldad y de desconfianza que desencadena, convierte a la colectividad en una especie de máquina que tritura toda la bondad generosa, que a través del amor humano enaltecen el espíritu y hacen brillar la esperanza como una luz que redimirá a la humanidad de todos sus terribles errores.

De un hecho mínimo parte una serie de acontecimientos que conducen a los más monstruosos errores. A los más increíbles hechos en que la bestia humana muestra hasta la saciedad su repulsiva condición, su miserable origen. El amor de dos muchachos, Iohann Moritz y Susanna Iordan, nos parece en el comienzo del libro, un hermoso idilio. Uno de esos amores que necesitan para vencer las dificultades, del coraje y de la resolución que acendra y fortalece un sentimiento verdadero. Pero es precisamente de este amor de donde surge todo ese vía crucis que Iohann Moritz sufrirá a lo largo de años y años en que la fatalidad y el estado de cosas que existen en Europa, le convertirá en una especie de condenado por todo lo que no hizo, ni pensó hacer.

Acaso ni las bestias en el fondo enmarañado de las selvas tengan un destino más cruel que el de este hombre, que no tuvo otro pecado que el de amar a una mujer. De este hecho, por uno de esos singulares procesos de un aciago destino, arrancan todas sus desventuras. Porque Iohann Moritz es castigado por ser judío, siendo que en realidad es ario. Y al revés, recibe el desprecio de los judíos que le creen un renegado. Un gendarme que se enamora de Susanna, le acusa de judío, para de este modo alejarlo de su mujer. Y de este modo recorre todos los campos de concentración de Europa. No logra jamás demostrar su verdadera identidad. Los judíos le tratan peor que a un perro hidrófobo. Y los arios le consideran un impostor. A estos extremos llega una sociedad tecnocratizada, en la cual no se considera al hombre individualmente como una criatura que necesita vivir, sino como una cifra que representa una doctrina. Es esto, en buenas cuentas, lo que Virgil Gheorghiu llama la hora veinticinco. O sea la hora trágica. El momento de la desesperación. El instante en que la barbarie de la civilización llega al frenesí, buscando una ecuación que represente lo que los hombres, lanzados en un vórtice de locura, creen que llegarán a aprisionar después de tanta desventura.

Es un mundo que gira en medio de un ciclón. Una humanidad fratricida que olvidó la piedad. Un odio de razas, una virulencia ideológica, hace que se pierda por completo todo sentimiento de dulzura, de amor, de solidaridad humana. Es una borrachera tóxica, que induce a todos los seres a mirarse con desconfianza y a crear los mitos más estrafalarios, para adorarlos sacrificando cruelmente los sentimientos más delicados, los ideales más altos, para triturarlos a los

pies de los ídolos creados en esta hora de impiedad, de tortura y desesperación. Es lo que ocurre al escritor Traian (Trajano) Koruga, que se casa con una hermosa mujer judía llamada Eleonora West. Koruga es ario puro. Y él y su mujer han sido partidarios fervientes de los aliados. Sin embargo, por el hecho de ser de nacionalidad rumana, son tratados como enemigos por los norteamericanos. Se les manda a las cárceles y se les atormenta de mil maneras. Y allá en Rumania, Traian Koruga recibe el más soberano desprecio del jefe del ejército, por haberse casado con una judía, con una mujer que no es de raza aria.

Es la hora veinticinco. La hora despiadada, la que señala el momento más crítico de la naturaleza humana, en su afán suicida y fratricida. ¿Qué es lo que desea obtener? ¿Tiene algún valor la vida ejemplar de ese sacerdote Koruga, padre de Traian, el famoso escritor rumano, que pierde de súbito todo su prestigio, su celebridad, por haberse casado con una judía? ¿Por haberse rendido ante los dictados del amor? ¿Y ese Iohann Moritz que en todos los campos de concentración demuestra las raras virtudes de su naturaleza espiritual, para recibir golpe tras golpe? Estos libros desesperados nos dan la idea de los extremos a que ha llegado la civilización. Una civilización torturada por el hielo de las ideas, que como fórmulas matemáticas no conceden nada a la vida del hombre, como célula individual.

¿Qué significa todo ese afán enfermizo de querer uniformar al hombre en sus ideas, cuando en el hecho real, para llegar a esa fórmula vital se cruza por un camino de desventuras inauditas? La sensibilidad ha perdido su más precioso significado. El hombre, en su concepto más hondo de la fraternidad, se acer-

có para protegerse, para iluminarse interiormente con el resplandor del amor. En esta nueva sociedad en que la técnica y la doctrina se alejan de todo sentimiento, no debe considerarse todo aquello que idealizó el destino humano. No se debe creer en los sentimientos como propulsores de progreso de esta nueva sociedad. La doctrina y la técnica de un estado social debe primar por encima de cualquiera otra consideración.) Y no se toma para nada en cuenta que el hombre no tiene culpa de haber nacido en los más distintos rincones de la tierra y de ser de tal o cual raza.

En este cuadro de desesperación, de locura, de increíble brutalidad está el signo más claro y elocuente de lo que puede ser el hombre como engranaje de una máquina monstruosa, sin alma y sin luz que a lo lejos le señale el camino de su propio destino. — LUIS DURAND.

■

«PUERTO LIMÓN», novela de Joaquín Gutiérrez.—Nacimiento. Santiago, 1950

Novelas como esta de Joaquín Gutiérrez, van mostrando la entraña de América. Lo que este continente tiene de mayor relieve en su autóctona expresión. Es un relato fluyente en que el estilo viborea entre luces y sombras, mostrando al hombre y al paisaje en el cual se mueve. Gutiérrez humedece el recuerdo de su nostalgia viva y se va por los evocadores caminos de la tierra en donde nació, contándonos su drama y su emoción. Relampagueante a ratos, como si fueran visiones de un mundo afebrado, el lector se encuentra con el trópico y siente el calor